

# UN BOTICARIO VERGARES DEL SIGLO XVIII

Por LEANDRO SILVAN

En la villa de Vergara, durante la primera mitad del siglo XVIII y hasta el día 6 de octubre de 1763, fecha de su óbito, Don *ESTEBAN IGNACIO BARON DE GUERENDIAIN* venía regentando una botica de su propiedad sita en la calle Barrencalle de la mencionada población guipuzcoana. Algunos datos biográficos referentes a dicho personaje, así como el inventario de lo que contenía su botica, realizado por encargo de los albaceas testamentarios, han sido dados a conocer por el historiador Don *IÑAKI ZUMALDE*, publicándolos en el Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, en el tomo correspondiente al primer semestre de 1983.

Estimo que la precitada información ofrece datos suficientes tanto para ampliar el comentario adicionado a la misma por el autor de la nota donde aquélla ha sido dada a conocer, como para intentar deducir del contenido de ésta una semblanza del personaje al que tal información se refiere, estableciendo el perfil humano del mismo caracterizado especialmente por sus matices espirituales, culturales y profesionales.

Antes de iniciar esa labor, creo necesario señalar las dificultades inherentes a la misma, derivadas de la moderada concreción de los datos utilizables para realizarla. En el inventario que ha de servir de base a nuestras deducciones falta a menudo la necesaria precisión de sus datos, bien sea por no haberse establecido un criterio uniforme para la exposición de ellos, o bien porque se han omitido detalles fundamentales, capaces de dar a los mismos la suficiente capacidad informativa. Como muestras de lo indicado cabe señalar que al reseñar los productos químicos o farmacéuticos incluidos en dicho inventario unas veces se anotan conjuntamente su peso y su valor, mientras en otros casos sólo se cita este último dato; en los aparatos y envases la descripción resulta tan confusa que no es posible concretar si los pesos indicados corresponden al utensilio descrito o son los de la sustancia que éste podría contener al llenarlo con ella. Asimismo,



mo, en la reseña de los libros existentes en la biblioteca inventariada constan frecuentemente títulos incompletos, falta el nombre del autor —que en ocasiones es en cambio el único dato recogido— y se han omitido, de modo general, las características editoriales (formato, clase de encuadernación, número de páginas) y el lugar y la fecha de su publicación.

Pero aunque todo cuanto se acaba de indicar dificultará notablemente la labor analítica que pretendemos realizar sobre el inventario reiteradamente aludido e incidirá desfavorablemente en los resultados de la misma, creo que esa labor podrá, sin duda, conducir al logro de las finalidades que deseamos alcanzar.

\* \* \*

Como comienzo de nuestro trabajo vamos a completar los datos biográficos suministrados por el Sr. ZUMALDE en su antecitada nota como correspondientes al Boticario vergarés protagonista de la misma. En ella se le atribuían los apellidos *BARON* y *GUERENDIAIN* pertenecientes a dos estirpes diferentes, a pesar de lo cual éste los utilizó juntos, uniéndolos en un solo apellido cuya presencia en Vergara el año 1731 era ya conocida por algunos genealogistas<sup>1</sup>. Este dato sugiere la posibilidad de que nuestro personaje —cuyo lugar de nacimiento sigue sin ser concretado— haya pertenecido a una familia vecindada en Vergara pero no oriunda de dicha villa; creemos interesante señalar además que tal familia debió ser de noble alcurnia, y estimamos posible que por esa circunstancia nuestro biografiado postulase el reconocimiento de su calidad de hidalgo, acudiendo para ello a alguna de las Chancillerías autorizadas para concederla en aquella época<sup>2</sup>.

Por otra parte, para la mejor comprensión de cuanto seguidamente expondremos será conveniente tener en cuenta que durante la referida época, en la cual vivió y actuó el referido personaje, se produjeron amplias variaciones en la trayectoria cultural de la Humanidad.

1. La mencionada existencia en Vergara y cuanto corresponde a los dos apellidos citados consta en: JAIME DE QUEREXETA, *Diccionario onomástico y heráldico vasco*. Bilbao (La Gran Enciclopedia Vasca) 1970, tomo I, pág. 419, y tomo II, págs. 391 y 432.

2. Basamos nuestra hipótesis en que ambos apellidos poseen escudos de armas. Además un individuo del linaje *BARÓN* ingresó en el Orden de Calatrava en 1682; y por otra parte, en la biblioteca del Boticario vergarés que estamos biografiando existió un libro titulado «*Privilegios de los Hijosdalgo*», todo lo cual induce a confirmar nuestra presunción acerca de este asunto.



Ya desde mediados de la centuria decimoséptima la actuación de los «novatore» había producido una corta pero intensa modificación de la citada trayectoria introduciendo en ella con mayor intensidad la dedicación al cultivo de las Ciencias de la Naturaleza; pero esa modificación —que algunos quieren considerar como preliminar de la «Ilustración neoclásica» del siglo XVIII—<sup>3</sup>, apenas afectó a los conocimientos de tipo químico, todavía inconcretos y ajustados casi totalmente al ideario de la Alquimia, aunque éste estaba afectado ya entonces por una profunda crisis, iniciada durante el transcurso de los primeros años de eclosión del Renacimiento.

Indica acertadamente ZUMALDE en el trabajo que sirve de base al nuestro, que Don ESTEBAN IGNACIO BARON DE GUERENDIAIN, como todos los Boticarios de su tiempo, tenía en sus actuaciones un poco de Alquimista y otro poco de curandero; y en cierto modo todo ello era natural, puesto que hasta siglos no demasiado lejanos del nuestro la Alquimia, la Medicina y la Farmacia, subsidiaria de ambas, tuvieron durante sus respectivos procesos de evolución y desarrollo un permanente contacto. Muchos Alquimistas ejercieron como Médicos y prepararon en sus laboratorios pócimas curativas, y mientras tanto bastantes galenos actuaron en el campo de la Alquimia, buscando en sus conocimientos alquímicos la posibilidad de proporcionar mejores cuidados a los enfermos a quienes atendían.

En uno de los importantes trabajos que el ilustre Químico francés MARCELIN BERTHELOT (1827-1907) realizó para llegar a conseguir el conocimiento de la Alquimia medieval, figura un apartado dedicado especialmente al estudio de los conocimientos de aquella época<sup>4</sup>; y es obvio señalar asimismo que tanto antes de la misma, como durante ella, España fue uno de los centros alquimistas de mayor y más decisiva importancia universal y con mayor influencia en el desarrollo y difusión de los conocimientos propios de esa antiquísima rama de la cultura humana<sup>5</sup>. No es pues cosa extraña que aquellos

3. Entre los que así opinan figura J. CARO BAROJA en el prólogo del libro de ALEKSEI BOGOLIUBOV titulado: «Un héroe del progreso. Agustín de Betancourt». Madrid (Seminarios y Ediciones, S. A.) 1973, págs. 2 y 3.

4. MARCELIN BERTHELOT en «Histoire des Sciences. La Chimie au moyen-âge» París (Imp. Nationale) 1893, págs. 1 a 4 de la «Notice generale», indica que las llamadas «tradiciones técnicas», transmitidas a la citada Edad desde tiempos anteriores, pueden agruparse en tres apartados, el tercero de los cuales comprende las referentes a Medicina y Farmacología.

5. La Alquimia, mezcla de Filosofía, Mística, Magia y Ocultismo, vieja de varios milenios y renovada y enriquecida por los Arabes, se difundió desde el Oriente próximo por toda Europa, especialmente durante el transcurso del Medioevo. Los principales centros de difusión estuvieron en la Península itálica y en



cuya labor tuviese relación con el arte de curar —Médicos o Boticarios— mostrasen en dicha labor aspectos muy variados, capaces de participar más o menos intensamente de las características atribuibles a cada una de esas profesiones <sup>6</sup>.

Pero el Boticario vergarés de quien nos estamos ocupando rebasó ampliamente los conocimientos de la milenaria Alquimia clásica y supo aprovecharse de los cambios culturales que partiendo de los descubrimientos e informaciones atesorados por ésta, potenciaron el definitivo nacimiento de la Química, ciencia positiva que un fino comentarista galo ha definido ingeniosamente como la hija sabia de una madre loca.

El aludido nacimiento fue el feliz resultado de un largo y azaroso proceso evolutivo proseguido durante más de dos siglos e iniciado cuando comenzaba a correr la decimosexta centuria. En él participaron numerosos intelectuales, la mayoría de los cuales, además de ejercer la Medicina, dedicaron buena parte de sus actividades al estudio teórico y práctico de los fenómenos químicos. Caracterizan este proceso, por una parte, el total abandono del tradicional respeto a la autoridad del maestro, que en la Alquimia, como en todos los ámbitos del saber, había interferido desfavorablemente el desarrollo de las distintas ramas de éste; y por otra parte, junto a la libre crítica de las hipótesis y teorías vigentes o de nueva aportación, el proceso que comentamos mostró como novedad importante la inclusión de técnicas experimentales destinadas a servir de base a las nuevas adiciones —cada vez más correctamente científicas— que iban a permitir la definitiva concreción de un complejo científico, la Química, heredero natural de los conocimientos y realizaciones adquiridos y desarrollados por la Alquimia a lo largo de los siglos precedentes.

---

España (Córdoba, Granada, Toledo, Levante mediterráneo...): en ellos los viejos manuscritos greco-latinos, luego arabizados, fueron traducidos al castellano, catalán y provenzal, así como también al francés y al italiano. Más información en: M. BERTHELOT. Ob. cit. nota anterior, prólogo del tomo III, y en la obra del mismo autor titulada «*Les origines de l'Alchimie*». París (Steinheil) 1885. Véase también: TITUS BURCKARDT, «Alquimia». Esplugas (Plaza y Janés) 1976, págs. 11 a 21.

6. Los numerosos creadores del período llamado *Jatroquímico*, en el que las teorías y fenómenos químicos comenzaron a ser expuestos y explicados científicamente, fueron casi siempre Médicos notables, tanto en España como en el extranjero. La labor alquímica de la mayor parte de ellos tuvo finalidades farmacológicas, pero éstas no siempre han sido bien enjuiciadas a causa del enfoque erróneo con que algunos historiadores de la Alquimia han realizado el examen y la descripción de la mencionada labor. Como ejemplo de tal error podemos citar cuanto se refiere a nuestro ARNALDO DE VILANOVA, que en realidad sólo fue un destacado Médico galénico y no un hechicero ignorante o un embaucador maligno, como pretenden varios de sus equivocados biógrafos.



La creación de ese nuevo y más perfecto complejo científico, al que accedió nuestro Boticario impulsado por su laboriosidad y por sus deseos de conseguir una valiosa formación científica que perfeccionase su profesionalidad, se inició en la decimosexta centuria con los trabajos de *PARACELSO* (1495-1541) y en su posterior desarrollo colaboraron personajes del mundo de la cultura tan importantes y destacadas como *LIBAVIUS* (1550-1616), *VAN HELMONT* (1557-1644) y sobre todo *ROBERT BOYLE* (1627-1691), verdadero renovador de las técnicas experimentales y hábil creador de diversas teorías básicas de la nueva ciencia, en la que introdujo además una clara definición del concepto de cuerpo simple o elemento (distinto de los cuerpos compuestos formados por asociación de varios elementos) junto con otras ideas que permiten considerarlo como lejano precursor de la teoría atómica, enunciada correctamente un siglo más tarde, tras de nuevos e importantes progresos, asentados sobre los precedentemente reseñados<sup>7</sup>.

Todos estos conocimientos, especialmente importantes para la evolución progresiva de la Farmacología —que desde la época de *PARACELSO* a la de *BOYLE* había experimentado un notable progreso, después de que aquéllos fuesen depurados por *SILVIUS* y *TACHENIUS* en la segunda mitad del siglo XVII— los recogió el Boticario del Rey de Francia *NICOLAS LEMERY* (1641-1715) incluyéndolos en su famoso «*Cours de Chimie*» publicado el año 1675. Ampliamente difundido luego por toda la Europa culta, ese libro fue traducido al castellano en 1721 por Don *FELIPE DE PALACIOS*<sup>8</sup> y de dicha obra poseía un ejemplar el Boticario vergarés cuya formación científica nos interesa establecer en este comentario. Estimamos razonable suponer que en esa obra adquirió éste un conjunto de conocimientos muy avanzados sobre la ciencia química, alcanzando en ellos el máximo nivel posible en su época y rebasando, por lo tanto, la amplitud y la calidad atribuible al saber científico de los Alquimistas españoles coetáneos de aquél<sup>9</sup>.

7. Una interesante información sobre el desarrollo de la Farmacología durante la vigencia del ideario jatroquímico figura en: E. MEYER, «*Storia della Chimica*». Milano (Hoepli) 1915, págs. 100 a 108.

8. Sobre los notables trabajos de LEMERY, y sobre la influencia de su libro mencionado en la difusión de los nuevos y más racionales conocimientos químicos, hay más datos en: A. MIELI, *Panorama general de «Historia de la Ciencia»*. VIII. «*El siglo del Iluminismo*», por PAPP y BABINI, Buenos Aires (Espasa Calpe, Argentina), 1955, págs. 132-134.

9. Recordamos que en el siglo XVIII, e incluso posteriormente, se han publicado en España libros donde se han recogido todavía conocimientos alquímicos. Entre ellos pueden ser citados la «*Chrysopeya*» que FRANCISCO DE TEXEDA tradujo



# CURSO CHYMICO

## DEL DOCTOR NICOLAS LEMERY,

### B. M. D. R. C.

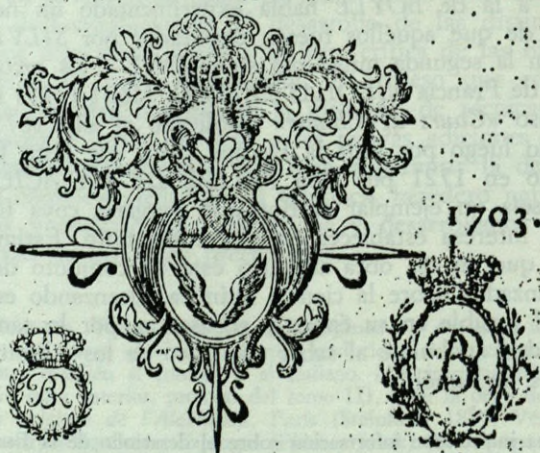
EN EL QUAL SE ENSEÑA EL MODO DE HAZER LAS  
Operaciones mas vitales en la Medicina, con un Methodo facil, y con  
Reflexiones sobre cada Operacion, para la instruccion de los que  
se quieren aplicar à esta Ciencia.

TRADUCIDO DEL IDIOMA FRANCES EN EL CASTELLANO,  
y añadido por DON FELIX PALACIOS, Socio de la Regia Sociedad  
Medico-Chymica de Sevilla, y Boticario en  
esta Corte.

DEDICASE  
AL SEÑOR DOCTOR DON DIEGO MATHEO ZAPATA, FUNDADOR,  
y Presidente de la Regia Sociedad Medico-Chymica  
de Sevilla, &c.

Año

1703.



CON PRIVILEGIO.

EN MADRID: Por Juan Garcia Infançon, Impressor de la  
Santa Cruzada

*Acosta de Florian Anison, Familiar, y Notario del Santo Oficio de la Inquisición.  
Vende en la Calle de las Carretas, frente la Esfeta de Toledo.*



Estimamos también que una formación científica tan amplia y moderna como la precedentemente reseñada no debió ser frecuente entre los Boticarios del tiempo en que vivió el protagonista del presente comentario; y por otra parte nos interesa señalar la concordancia existente entre dicha formación y la de tipo espiritual y filosófico-humanístico que éste poseía, puestas de manifiesto en el crecido número de libros existentes en su biblioteca particular y en la calidad de ellos, definidora de unas aficiones culturales plenamente elogiables por su calidad, pluralismo y ortodoxia, desgraciadamente nada habituales en las gentes de la época aquí considerada<sup>10</sup>.

\* \* \*

La antecitada formación cultural, tanto científica como filosófico-humanística, tuvo una decisiva y beneficiosa influencia en el desarrollo de la profesionalidad de nuestro personaje. Ignoramos dónde llevó éste a cabo los estudios que desde tiempos de FELIPE II, y en cumplimiento de una Pragmática de este Rey promulgada en noviembre de 1580, era necesario aprobar para poder ejercer la profesión de boticario<sup>11</sup>. Creemos posible que una vez superados los grados inferiores de la enseñanza básica y los de grado medio, nuestro biografiado, antes de asistir a los cursos de la Facultad de Medicina elegida por él, para graduarse en la antecitada profesión, es muy probable que realizase estudios de Filosofía: ello era cosa frecuente en su época y puede considerarse especialmente probable en el caso a que nos referimos, teniendo en cuenta el contenido de la biblioteca propiedad del personaje de quien nos estamos ocupando.

Tras de conseguir luego éste la aprobación de los cursos pura-

---

de su original latino debido a AEIRENAEO PHILAETA, obra aparecida en 1727, y el «*Arte químico universal*» de CAMPILLO y MARCO (1736). Datos más completos constan en: R. LUANCO, «*La Alquimia en España*», Barcelona (Imp. Fidel Giró), 1889.

10. En la aludida biblioteca existieron unos doscientos títulos, entre libros de formato y paginación variada (y a veces con varios tomos), más folletos y otros componentes, lo que representa una riqueza bibliográfica nada común en aquellos tiempos. De estos títulos, unos treinta y cinco correspondían a temas científicos o profesionales.

11. Esa Pragmática, que puede considerarse como el primer intento serio de reglamentar la profesión de Boticario, estableció en el Real Protomedicato tres grupos profesionales diferentes: Médicos, Cirujanos y Boticarios, señalando que esto se hacía con el fin de evitar las actuaciones de personas «*faltas de letras y experiencia y con notable perjuicio y daño para las gentes*». En la citada disposición se concedió también a los Boticarios el derecho a intervenir indirectamente en la colación de títulos para ejercer tal profesión, privilegio reservado hasta entonces solamente a los Médicos.



mente profesionales, y después de obtener la licencia que le autorizaba para ejercer su labor, debió de esforzarse en perfeccionar la profesionalidad ya adquirida consultando con dicho objeto los libros de que disponía, entre los cuales figuraba en lugar preferente el ya citado «*Curso de Química*», de LEMERY, donde éste describió numerosos medicamentos, varios de los cuales debieron ser tomados del «*Cours de Chimie*» publicado en 1663 por CRISTOBAL GLASER, que había sido profesor de LEMERY en el parisién Jardin du Roi.

En el inventario al que reiteradamente venimos aludiendo y sobre las estanterías de la rebotica principal del establecimiento inventariado, consta la existencia de un libro atribuido a PALACIOS y del cual no figura ningún otro dato: ese libro sería seguramente la famosa «*Palestra pharmacéutica chimico-galénica*» escrita por Don FELIX PALACIOS y editada inicialmente en Barcelona el año 1716, habiéndose reeditado luego en Madrid el año 1737 para atender la crecida demanda que de ella se hizo durante mucho tiempo. Y a las informaciones obtenidas en la mencionada obra añadió nuestro Boticario los datos existentes en un libro de FULLEER de título no especificado y los de otro de JOANNE DE LOECHES, intitulado también en el inventario<sup>12</sup>, más los de otras obras reseñadas en él como «*Farmacología*», «*Farmazótica*» (?) y «*Medicamentos simples*». También tuvo a su disposición otros libros de autores diversos, inventariados sin más información que los nombres de tales autores, generalmente poco conocidos.

Pero la avidez de conocimientos patente en el intelectual vergarés a quien nos estamos refiriendo le llevó a consultar también libros clásicos de Farmacología primitiva, y entre ellos uno referente a GALENO DE PERGAMO (129-200 de J.C.) —considerado como el padre de la Farmacopea— titulada «*Método curativo de Galeno*», en el que el inglés TOMAS LUACRO había recogido las particularidades más interesantes de la obra excepcional del médico de Pérgamo. Junto a ese libro existió en la biblioteca cuyo contenido estamos examinando y comentando un conjunto de obras de PEDANEUS DIOSCORIDES —por lo menos dos tomos— en las que este famoso Médico de la antigüedad, recopilador de las teorías y conocimientos terapéuticos de DIOKLES DE KERATOS y de RUFO DE EFESO, dio a conocer

12. El libro inventariado sin título debió ser, probablemente, el titulado, «*Farmacopeia extemporanea*» escrito por TAMAS FULLER (y no FULLEER) y publicado en Lausana (Suiza) en 1738. El de J. LOECHES podría ser el «*Tyrosinium Pharmaceticum theorico-practicum galeno-chimicum*» editado en Madrid el año 1719.



PALESTRA  
PHARMACEUTICA,  
CHYMICO-GALENICA,

EN LA QVAL SE TRATA DE LA ELECCION DE LOS  
Simples, sus Preparaciones Chymicas, y Galenicas, y de las mas se-  
lectas Composiciones Antiguas, y Modernas, vsuales tanto en Ma-  
drid, como en toda Europa, descriptas por los Antiguos, y Modernos,  
con las Anotaciones necessarias, y mas nuevas, que hasta lo presen-  
te se han escrito, tocantes à su perfecta elavoracion, virtu-  
des, y mejor aplicacion en los En-  
fermos.

OBRA MUY VTIL, Y NECESSARIA PARA TODOS LOS  
Profesores de la Medicina, Medicos, Cirujanos, y en parti-  
cular Boticarios.

DEDICASE

AL SENOR DOCTOR DON DIEGO MATHEO ZAPATA,  
Presidente, y Fundador de la Regia Sociedad Medico-  
Chymica de Sevilla, &c.

SV AVTHOR

DON FELIX PALACIOS, SOCIO DE LA REGIA  
Sociedad Medico Chymica de Sevilla, y Boticario  
de esta Corte.

CON PRIVILEGIO.

EN MADRID: Por Juan Garcia Infançon, Impressor de la Santa  
Cruzada. Año de 1706.

Vendese en casa de su Author en la Calle de Atocha en la Botica frente  
de San Sebastian.





numerosas noticias correspondientes a la ciencia médica de su tiempo: una de las obras a que nos referimos debió de ser, probablemente, la notable obra «*De materia médica*», que fue traducida al latín en 1478, a partir de un manuscrito del siglo XI titulado «*Dioscorides Longobardus*».

También figuraron en la antecitada biblioteca dos libros de *MESUE* (erróneamente repertoriados como de *MENUE*). Uno de ellos sería quizás «*Cánones*», original del autor mencionado; pero el otro, para el que consta el título «*Menue comentado*» en la reseña inventarial, podría ser la «*Exposición sobre las proposiciones de Mesue*» escrito por el Médico alcarreño ANTONIO DE AGUILERA, quien dio a conocer ampliamente en nuestro país la obra de *MESUE* por haberla difundido y comentado en varias ocasiones hacia el año 1569<sup>13</sup>.

Además, teniendo sin duda presente la importancia de los vegetales para la preparación de medicamentos<sup>14</sup>, entre los componentes del repertorio bibliográfico profesional que poseyó el protagonista de esta nota existieron dos libros titulados respectivamente «*Ramillete de plantas*» e «*Historia de las flores*», ambos de autor no especificado; y había también una de las numerosas ediciones del famoso «*Tratado de Agricultura*» escrito en tiempos de los Reyes Católicos por GABRIEL ALONSO DE HERRERA.

Pero a pesar de su amplitud y variedad, el antecitado conjunto de elementos de información resultaba todavía insuficiente para atender las posibles necesidades de ésta, surgidas mientras cumplía su labor profesional nuestro Boticario. Téngase en cuenta que al desarrollarse la Jatroquímica a lo largo de los siglos XVI y XVII, se incrementó considerablemente el número de preparaciones medicinales, así como la complejidad de su composición; por ello resultó necesario crear unos repertorios —llamados «*Farmacopeas*»— donde se reseñasen y describiesen esas nuevas preparaciones, indicando además sus técnicas de confección. Tales «*Farmacopeas*» pueden ser consideradas como la institucionalización de los viejos formularios, y por tener carácter científico, contribuyeron a prestigiar la profesión farmacéutica primitiva. Su utilidad se hizo patente con rapidez, por lo cual fueron

13. *MESUE* es el nombre vulgar del árabe MASAWAYH-AL-MARDINI, quien a mediados del siglo X escribió el libro mencionado, considerado como complemento del «*Poema de la Medicina*» del famoso Médico AVICENA.

14. Esa importancia puede ser enjuiciada teniendo en cuenta que ya en los manuscritos de DIOSCORIDES se describieron más de trescientas plantas de interés medicinal, detallando las propiedades curativas de cada una de ellas.



publicadas en todos los países de la Europa culta, especialmente desde los comienzos de la centuria decimoséptima<sup>15</sup>.

En España, otra Pragmática de FELIPE II promulgada en San Lorenzo de El Escorial en agosto de 1593 —en la cual se dio también a los Boticarios la posibilidad de intervenir en la colación de sus títulos profesionales—<sup>16</sup> dispuso que se constituyese una Comisión, integrada por tres Médicos y tres Boticarios, cuya misión sería redactar una «*Farmacopea*» en el plazo de dos años. Pero los trabajos de esa Comisión experimentaron tales interrupciones y tan prolongadas demoras, que hasta 1739 (es decir, hasta ciento treinta y seis años más tarde de lo previsto) no apareció la primera «*Farmacopea Matritense*», utilizable en todo el ámbito nacional hispánico. Puede ser considerado como remoto antecedente de la misma la llamada «*Concordia Apothecariorum*» barcelonesa del año 1511.

Señalaremos que en el elenco bibliográfico de la botica vergaresa existió un ejemplar de la antecitada «*Farmacopea Matritense*», y junto a él hubo otro de la «*Farmacopea Bateana*», compuesta en 1709 por JORGE BATEI, Médico del Rey CARLOS II, lo que da a esta última una anticipación de treinta años respecto de la Matritense. También había en la citada biblioteca otro ejemplar de la «*Farmacopea de Mensicq*», menos generalizada que las dos precedentemente mencionadas.

Gracias a sus crecidos deseos de perfeccionamiento científico, no le faltaron al Boticario que nos ocupa posibilidades de información sobre las preparaciones medicinales utilizadas en los años en que él hubo de atender a la preparación de las mismas; por ello, asociando las mencionadas posibilidades informativas con la amplia y selecta formación profesional que poseía, y con su indiscutible laboriosidad y honesta manera de proceder, pudo conseguir para su botica el crecido nivel que fácilmente se deduce al examinar la detallada reseña acerca de cuanto en ella existía, suministrada por el inventario donde aquélla quedó consignada.

\* \* \*

15. Algunos consideran como remotos antecesores de las «*Farmacopeas*» los «*Grabadines*» de INN-SÄHL datables hacia el año 250 de J.C.) y al «*Nuevo Recetario*», aparecido en Florencia en 1490.

16. Hasta la promulgación de esta Pragmática, en el tribunal que confería títulos profesionales de Boticario sólo había uno de éstos, cuya misión era la de actuar simplemente como consejero; pero esta disposición elevó a tres los Boticarios in-



PHARMACOPOEIA  
MATRITENSIS

Regii, ac Supremi Hispaniarum  
PROTOMEDICATUS

AUCTORITATE, JUSSU ATQUE AUSPICIIS

*Nunc primum elaborata.*



MATRITI  
E TYPOGRAPHIA REGIA  
D. MICHAELIS RODRIGUEZ  
MDCCLXXXIX.



El examen analítico de la mencionada reseña ofrece varias dificultades, debidas principalmente a que las descripciones que en ella se hacen del mobiliario, vasijas y envases, e incluso de las existencias de productos químicos y medicinales, abundan en imprecisiones o en defectos de enumeración capaces de incidir desfavorablemente sobre las conclusiones deducibles del precitado examen.

Sin embargo, los datos disponibles permiten asegurar que en la rebotica principal de la botica vergaresa a que nos venimos refiriendo existió un verdadero laboratorio, dotado de las instalaciones (mesas, armarios y otros elementos de trabajo) y del material y aparatos necesarios para poder realizar «según arte»<sup>17</sup> la preparación de las composiciones medicinales recetadas por los Médicos, e incluso para obtener muchos de los productos básicos utilizables como integrantes de tales composiciones, así como para permitir dar a esas medicinas las formas farmacéuticas usualmente adoptadas para cada una de ellas.

En el referido laboratorio se disponía de una abundante colección de redomas —lo que hoy llamamos matraces— de diversas formas y tamaños y había también otras vasijas (cazos especialmente) de materiales adecuados para la labor que con ellos se debería realizar. Mediante las vasijas citadas y operando en frío o en caliente, por decocción, maceración o infusión o de cualquier otra manera, se podían obtener toda clase de soluciones, variando en ellas tanto el disolvente como la materia disuelta, de acuerdo con las necesidades de cada operación. Esas soluciones eran clarificadas luego —cuando fuera necesario— filtrándolas a través de papel sin cola o por lienzos convenientemente elegidos colocados sobre embudos; y si convenía, se las concentraba e incluso eran evaporadas a sequedad para recoger el extracto correspondiente. La realización de los tratamientos indicados proporcionaba aguas e infusiones, soluciones oleosas o en otros disolventes, así como tinturas y elixires utilizables directamente como remedios o bien incorporándolos a otros productos para formar composiciones medicinales.

---

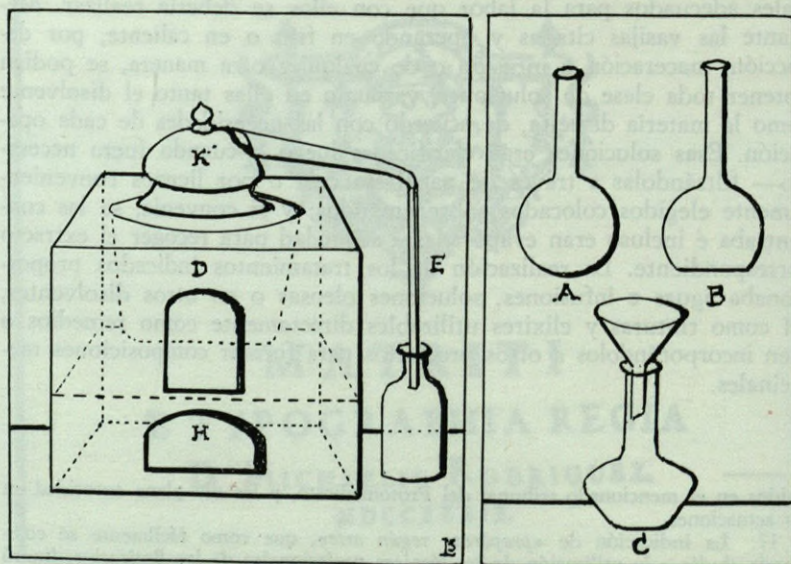
cluidos en el mencionado tribunal del Protomedicato, y les dio plena autoridad en sus actuaciones.

17. La indicación de «*prepárese según arte*», que como fácilmente se comprende aludía a la utilización de las técnicas profesionales de los Boticarios, figuró en las recetas de los Médicos durante bastante tiempo, desapareciendo luego, cuando por haberse generalizado el uso de preparados farmacéuticos comerciales y por otras razones de diversa índole y de variada entidad, se ha reducido hasta casi desaparecer la actividad anterior de los laboratorios de las reboticas.



Había también alambiques, cuyas características no se detallan, ignorándose además la clase de hornos u hogares empleables para calentarlos: esos alambiques servían para preparar destilados diversos y quizás hayan sido destinados también a conseguir alcohol vínico puro partiendo de vinos picados o alterados; o alcohol de quemar, impuro, preparado destilando heces u otros residuos de vinificación. Dichos alcoholes fueron, en la época a que nos referimos, muy estimados y no demasiado fáciles de conseguir.

El laboratorio poseía otros elementos de trabajo, y entre ellos, una prensa, cuyo tipo y potencia no constan en el inventario, y con la que se preparaban zumos diversos de aplicación medicinal; se disponía igualmente de morteros (de piedra y de madera) instalados sobre soportes idóneos, y con tales morteros se conseguía trocear sustancias duras y frágiles que cuando convenía eran luego pulverizadas más o menos finamente, utilizando los diversos almireces metálicos existentes en el laboratorio: los polvos obtenidos servían directamente como medicina (solos o en mezclas) o bien eran convertidos en pí-



Dibujo según ilustración del tomo II de la «Pharmacopea» de Moisés Chasas (1684)

I.—Alambique: H) Hogar; D) Caldera; K) Capitel; E) Refrigeración (condensador)

II.—Aparatos de laboratorio: A) y B) Redoma (matraz) C) Embudo y limeta.



doras o adicionados a fórmulas y productos curativos de las más variadas formas farmacéuticas.

La correcta dosificación de los diversos componentes integrados en tales mezclas medicinales se conseguía fácilmente con las balanzas disponibles y especialmente con las de reducido tamaño —probablemente similares a las hoy llamadas granatarios— que permitían una notable precisión en la determinación de pesos; otras balanzas mayores y más potentes servían para comprobar pesos crecidos de sustancias manipuladas durante las operaciones realizadas en el laboratorio anejo a la botica de que nos estamos ocupando.

Como materias primas para dichas operaciones fueron utilizados numerosos productos cuya detallada reseña figura en el inventario tan reiteradamente aludido a lo largo de esta nota; y entre tales productos había unos sesenta y cinco diferentes, todos de naturaleza inorgánica, principalmente salinos, más alrededor de un centenar de sustancias orgánicas, muy variadas en cuanto a composición y características. Entre estas últimas predominaron las de tipo vegetal (plantas enteras u órganos de las mismas, y también secreciones de ellas, tales como gomas, resinas, gomorresinas y bálsamos): hubo además en este grupo de materias orgánicas unas pocas de producción industrial —azúcares, ácidos diversos— y también sustancias de origen animal (huesos, piezas dentales, cuernos, conchas de mariscos, caparazones de crustáceos, cera de abejas, esperma de ballenas...) encontrándose asimismo entre ellas unas pocas —como las ijundias humana y de víboras, la sangre de irasco, el meconio y los ojos de cangrejos— dignas de figurar en el laboratorio de algún Alquimista medieval.

Nos complace registrar que entre las materias primas de que dispuso para su labor el Boticario vergarés a quien nos venimos refiriendo existieron ya diversos productos medicinales de origen americano (como la quina, ipecacuana, jalapa, michoacan...) utilizadas por los indígenas del mencionado Continente ultramarino e introducidas en la técnica farmacológica europea por los colonizadores españoles que a lo largo del siglo XVI y más aún en el siguiente, reconocieron y estimaron el importante valor terapéutico de las mismas<sup>18</sup>.

18. Las primeras noticias sobre tales productos medicinales americanos constan en la obra de GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO titulada: «*Sumario de la natural e general estoria de las Indias*» (Toledo, 1526) y en la del sevillano NICOLÁS MONARDES, cuyo segundo libro —de los tres que la componen— trata de «*Las medicaciones maravillosas contra todo veneno, la piedra bezoal y la escorçonera, con la curación de los envenenados*», publicada en 1563 y reeditada varias veces en fechas posteriores.



Partiendo de los numerosos y variados productos precedentemente reseñados y con el empleo de los aparatos y demás elementos de trabajo descritos anteriormente, nuestro personaje elaboró para su botica las composiciones medicinales, tanto galénicas como de base química, utilizadas en su época; y dio a cada una de ellas la forma farmacéutica más conveniente para su aplicación terapéutica. De tales composiciones existe una larga relación inventarial y hemos de recoger nuevamente la pintoresca particularidad de que en dicha relación se incluyen algunos preparados —como los aceites de escorpiones y de lombrices, los ungüentos de Zacarías y de los Apóstoles, los jarabes del Rey Felipe y de meconio, los emplastos de ranas y de manos de Dios...— que podrían constar sin desdoro en la más ortodoxa Farmacopea alquimista. Indicaremos, asimismo, que esta particularidad no concuerda con la moderna formación científica y profesional atribuible al Boticario vergarés como natural consecuencia de la acertada preparación obtenida mediante sus estudios universitarios.

El conjunto de informaciones y datos recogidos desde el comienzo de la presente nota, y en especial los últimamente reseñados y comentados, permiten establecer la crecida importancia que llegó a alcanzar la botica a que nos venimos refiriendo, digna de figurar entre las mejores de su ya lejana época y probablemente la más destacada entre las existentes entonces en su lugar de ubicación. Como consecuencia de ello debió ser muy notable el servicio asistencial prestado por ésta; y de la intensidad previsible para el mismo puede darnos idea el que, según incensario, existiesen en sus anaqueles, y adscritos a dicho servicio, cerca de novecientos envases vacíos —pomos, limetas, botes de vidrio o de loza, y cajas metálicas o de otros materiales— utilizables para envasar las medicinas suministradas.

\* \* \*

Consideramos indudable que las múltiples y variadas facetas y particularidades propias de ese servicio asistencial sólo han podido ser atendidas adecuadamente gracias a la plena e inteligente dedicación a las mismas llevada a cabo por el titular y propietario de la botica reiteradamente mencionada. Y de la amplitud de sus servicios nos informa no sólo cuanto llevamos anotado precedentemente, sino también algún otro dato menos relevante pero sin embargo digno de ser tomado en consideración: me refiero a la presencia en la biblioteca del aludido titular de algunos libros cuyo contenido invita a suponer que en ciertas ocasiones debió éste de extender sus servicios hasta rozar el campo propio de la Medicina, practicando curas de urgencia



como hacen hoy nuestros Farmacéuticos de manera eventual<sup>19</sup>. No parece pues estar muy equivocado el Sr. ZUMALDE cuando en la nota que viene sirviendo de base a la nuestra, atribuye al Boticario que biografiamos, junto a tufos de Alquimista, fugaces actuaciones como curandero, que según mi criterio, no empequeñecen las excelentes cualidades profesionales que sin duda poseyó el referido personaje.

Precisamente a esas cualidades vamos a referirnos como final de este comentario general derivado del examen del inventario incluido en la testamentaría de nuestro protagonista. Y como iniciación de tal comentario deseamos destacar la magnífica calidad de los matices ofrecidos por diversas facetas de su personalidad, entre las cuales descuellan su amplia cultura, nada corriente en las gentes del siglo en que vivió, su gran laboriosidad y el elevado nivel de honestidad fácilmente deducible por el análisis de cuanto a sus trabajos y actuaciones se refiere y hemos recogido y analizado a lo largo de esta nota.

Pero al juicio positivo que nos merecen esos matices quisiéramos añadir una valoración referida concretamente al contenido de sus actuaciones profesionales, fruto de su calidad como ejecutivo de la profesión que las motivó. Esa valoración ofrecía dificultades capaces de falsear el resultado obtenible, por carecer de alguna referencia tipo, con la cual pudiera compararse la semblanza profesional de nuestro Boticario. Felizmente esa referencia tipo nos ha sido proporcionada por el Médico alcarreño ANTONIO DE AGUILERA, en un escrito al que ya nos habíamos referido en otro lugar precedente<sup>20</sup>.

Según el criterio del ilustre galeno mencionado las condiciones definidoras del arquetipo propuesto por él, deberían ser las siguientes: en primer lugar haber alcanzado una edad suficiente para que pudiesen haberse desarrollado ya tanto la necesaria sabiduría como la experiencia indispensable y todo ello en un individuo mejor casado que soltero, dotado además de recursos propios, para que no influyese en la perfección de su labor el deseo de enriquecerse lo más pronto posible mediante la práctica de su profesión. Por otra parte el candidato a Boticario debería actuar con especial rigor y perfección en lo concerniente a su arte y oficio, sin introducir modificaciones o alteraciones en lo prescrito por las recetas, para cuya preparación debería

19. Los libros a que nos referimos se titulaban respectivamente: «*Visita de enfermos*» e «*Instrucción de enfermos*». No consta el autor de ellos, y por otra parte, resulta incierta la naturaleza de sus contenidos, difícil de establecer deduciéndola de los títulos antecitados.

20. Las condiciones que hemos reseñado las expone AGUILERA en el libro suyo que ha sido citado en el texto correspondiente a la nota 13.



disponer de muchos y muy selectos productos, tanto simples como compuestos; y como complemento de todo cuanto acaba de ser indicado habría de poseer cualidades de rectitud y honestidad de vida capaces de granjearle el respeto y la estimación de sus conciudadanos.

Si comparamos los componentes de la semblanza que hemos deducido como imagen y representación de lo que fueron los diversos aspectos de las vivencias y trabajos del sujeto que biografiamos, con el arquetipo cuyas características acabamos de enumerar, será fácil comprobar la total coincidencia existente entre éste y aquélla, lo cual prueba plenamente la alta calidad humana y profesional de nuestro benemérito Boticario.

Por ello estamos seguros de que el respeto y estimación a que antes nos hemos referido nunca le faltarían a Don *ESTEBAN IGNACIO BARON DE GUERENDIAIN* mientras ejerció dignamente y con total entrega su labor profesional en la villa de Vergara durante la primera mitad de la decimoctava centuria; y ello especialmente como consecuencia natural del influjo ejercido no sólo por su eficiencia y laboriosidad, sino más aún por su permanente entrega al servicio de sus prójimos.

Excelente ejemplo, plenamente elogiable y digno de ser imitado por cuantos venimos dedicando nuestras actividades vitales a cualquier clase de tareas de naturaleza específicamente profesional.